

#### 4. La quinta provincia gallega

Pasajes era, en 1936, un lugar muy vivo, convulso e inquieto, un hervidero humano. En las dos últimas décadas la actividad pesquera había crecido mucho y contaba con la principal flota pesquera de España. Había más de ciento sesenta embarcaciones, incluyendo a los armadores locales, la mayoría, y a los barcos que habitualmente descargaban en Pasajes aunque con matrículas de otras localidades. Su actividad económica era la más importante de la provincia, sobrepasando con creces a San Sebastián.

Se constituyeron empresas para la descarga y avituallamiento de la flota, como Muelles y Almacenes para Vapores de Pesca (MEIPI) destinado a los barcos que faenaban en Grand Sol, y la PYSBE, creada en 1926 y que fue la principal empresa del estado para la pesca del bacalao. Sin olvidar la proliferación de astilleros para la construcción incansable de buques, así como las empresas auxiliares entorno a la pesca, todo un mundo. Es posible que en aquella época Pasajes fuera uno de los principales puertos pesqueros de Europa.

La mayoría de las tripulaciones provenían de Galicia, de las Rías Bajas, por tener más conocimiento de las artes de pesca, su dominio del mar y su disciplina, sin ocultar que era mano de obra más barata que la local. Los pescadores guipuzcoanos eran más artesanales. Tal era la influencia de aquellos que a Trintxerpe se le conocía como la quinta provincia gallega.

La explosión demográfica produjo un desorden urbanístico en Pasajes, hubo que responder a la demanda de vivienda en poco tiempo y se creó bastante caos, pero abundaba el dinero. Las mareas de los bacaladeros de PYSBE en Terranova eran muy duras, seis meses faenando con temperaturas gélidas, mares bravos y sin límite de horarios, en condiciones insalubres y peligrosas. Pero los beneficios económicos eran tales que se consideraba un privilegio poder enrolarse en sus barcos.

Pasajes había pasado de unos cuantos cientos de familias a más de cinco mil habitantes en veinte años. El prototipo era: gallego, proletario, ateo y rojo. Era el sambenito de los habitantes de esa localidad tan heterogénea y poco apreciada por la burguesía donostiarra.

La pesca era un sector laboral duro, sus trabajadores habían sido muy explotados: salarios precarios y jornadas sin límite ni descansos, en barcos mal acondicionados. Eran un terreno abonado para los sindicatos y partidos de izquierda.

Hubo una sangrienta huelga en 1931 que se mantenía en la memoria de la población. Entonces la hambruna era general en Trintxerpe, debido al paro. Varios líderes sindicales fueron apresados. El movimiento alcanzó a todos los rincones de Pasajes. En abril de aquel año organizaron una manifestación que pretendía la mejora de sus condiciones laborales. La pacífica protesta, precedida por mujeres y niños, logró su propósito con el altísimo precio de seis muertos y treinta heridos por los disparos de la Guardia Civil.

La República se proclamó el 14 de abril de ese año, 1931, y venía sufriendo no pocas embestidas de los militares, de la Iglesia y de los conservadores.

Se sucedían los rumores de un posible golpe militar para frenar las reformas progresistas muy punteras, puestas en marcha por el nuevo gobierno y que afectaban a los pilares más tradicionales. Ello supuso un estallido del espíritu revolucionario y popular en España, siempre vigilante y desconfiado, en defensa de los logros sociales obtenidos. Había una continua competencia entre los partidos de izquierdas y las agrupaciones sindicales.

En febrero de 1936 la izquierda ganó las elecciones con un programa muy renovador, lo que disparó las alarmas en la derecha y, desde entonces, se incrementaron los rumores y los temores de un golpe de estado. Se rumiaba la rebelión tan ansiada por unos y temida por otros. El hecho es que existía ya un prólogo de violencia por ambos bandos con la quema de algunas iglesias y asesinatos de políticos, tanto de derechas como de izquierdas. La mecha estaba ya encendida en un país inquieto y desordenado.

Pasajes y su población miraban siempre hacia el mar, su preocupación eran las redes, la descarga, el avituallamiento, el mal tiempo, la subasta, las mareas, los ganchos, el hielo, las cajas, las olas en Gran Sol y el frío en Terranova..., todo lo referente a la mar, a la amada y temida mar. Lo que pasara a sus espaldas, en tierra, les era todavía ajeno. ¡Qué lejos quedaba Melilla aquel mes de julio de 1936 donde arrancó la guerra civil más cruenta!

Si España era un mosaico de monárquicos y republicanos, de derechas o de izquierdas, conservadores, anarquistas, comunistas o socialistas, a Guipúzcoa había que añadirle autonomistas y no autonomistas, y Pasajes era aún más complejo, una comunidad aparte, había que clasificarlos además: gallegos o no, de San Juan o de San Pedro, de bajura

o de PYSBE..., cada personaje tenía varios opuestos.

En aquella primavera la conflictividad laboral se había extendido en la provincia, y más en Pasajes, donde el incumplimiento de los acuerdos por parte de la patronal generó una huelga que paralizó cualquier actividad y reapareció el fantasma del hambre. Sus calles estaban abarrotadas, era verano y las gentes deambulaban esperando los resultados de la negociación con el deseo de volver cuanto antes a la mar. Sin embargo, sus vidas se verían condicionadas, de pronto, por otras noticias que venían de tierra adentro, de muy lejos: el temido golpe de estado se había producido, la víspera hubo una sublevación militar. Era el día 17 de julio de 1936.

Las noticias, aunque confusas, no eran tan alarmantes al principio. Algunos militares se habían rebelado, pero casi sin transcendencia. Allá lejos, en Melilla, en África. Al día siguiente por la tarde, se supo que también en Sevilla, en Zaragoza y hasta en Pamplona. Eso ya era peor, era muy cerca. También lo intentaron en Barcelona y Madrid pero fracasaron, como en muchos otros lugares. De nuevo el poder castrense pretendía tumbar el gobierno de izquierdas, pero tampoco esa vez parecía lograrlo.

El pueblo de Trintxerpe no sintió especial inquietud; no era la primera vez que se rumoreaba un levantamiento de los militares contrarios a la República, a ellos les preocupaba más su huelga. No intuían la magnitud de lo que se les avecinaba. Pronto se supo de fusilamientos en Zaragoza, Granada, Burgos, Sevilla... Las primeras noticias preocupantes llegaron de Pamplona, donde los requetés habían apoyado la rebelión del general Mola, y de Vitoria, donde gran parte de la provincia se había decantado por los nacionales. El alzamiento de los cuarteles de

Loyola en San Sebastián fue como un fogonazo que despertó el temor e inquietud en todos los hogares. Las llamas habían prendido en casa.

—Krispín, Krispín —llamaba Antxon desde la calle—. Baja, coño, date prisa. Gudán gaude<sup>8</sup>.

—¿Qué pasa, qué quieres? —Estaba medio cabreado. Lo había sacado de la cama. A él eso de la guerra le sonaba muy lejano, era un imposible.

—Que es la guerra, joder. Nos han convocado del sindicato para armarnos, tenemos que ir a San Sebastián a parar a esos hijos de puta. Ez diegu pasatzen utziko<sup>9</sup> —hablaba rápido y nervioso.

Socialistas, anarquistas, comunistas y sindicalistas de Trintxerpe y otros pueblos de la provincia, habían sido convocados para luchar contra los militares sublevados del cuartel de Loyola que intentaban tomar la capital. Varias barricadas defendidas por la Guardia Civil y Guardia de Asalto leales a la República, apoyados por milicianos, intentaban evitarlo.

—Pero qué dices de armarnos. Si en la vida hemos visto una escopeta. Lo nuestro es la pesca. Desde cuándo te has vuelto tan patriota, mírate. Tú, con tal de escapar...

Los dos amigos discutían en la calle sobre la conveniencia de incorporarse a la defensa de San Sebastián cuando apareció jadeante Locuras, su patrón de pesca, al que no habían visto hacía un par de semanas.

—¿Ya os habéis enterado? —preguntó mientras, nervioso, intentaba liar un cigarrillo con papel amarillo.

—¿Lo de los cuarteles de Loyola en San Sebastián? —dijo animado Antxon. Por fin alguien le apoyaba.

---

8 Estamos en guerra

9 No les dejaremos pasar

—No, joder. Lo del barco de guerra. Ese que está amarrado en los muelles de Antxo, cerca de la gasolinera. ¡Se ha declarado rebelde! Zeinen zinistuko otezun!<sup>10</sup>

Esto no se lo esperaba nadie, ni Krispín. Su amigo, convertido en animoso soldado, y su resabiado e introvertido patrón en espía marítimo. Parecían unos malos actores de guiñol.

Así iba el vecindario, no era solo la fiebre de la huelga; quien más, quien menos estaba enfrentado, unos a favor o en contra de la religión, otros en defensa o ataque de la propiedad privada, pocos aireando su ideología marxista o capitalista, nacionalistas o no nacionalistas..., y encima unos militares que se levantaron en armas en África y pretendían extenderlo. El ambiente se notaba electrificado, violento. Las persianas espiaban medio entornadas, los vecinos podían ser sospechosos. Todo de un día para otro. No lo sabían, pero la guerra había comenzado muchos años antes de que la declararan, guerra de religión, de ideas, de clases, de guerras.

—Si ese barco está siempre amarrado..., como sus marineros en la barra del bar, todos mal mantenidos —aclaró Krispín quitándole importancia.

—Sí, pero es de guerra y vamos a atacarlo. Os necesitamos —sentenció Locuras.

Optaron porque Antxon acudiera a la convocatoria sindical, donde una camioneta les llevaría hasta San Sebastián a atacar los edificios donde los facinerosos se habían hecho fuertes, y Krispín acompañaría a Locuras con otros pescadores en el intento de abordar al único barco de guerra del Cantábrico. Los amigos se abrazaron confundidos, deseándose suerte aquella mañana inolvidable de julio de 1936.

---

10 ¡Quién lo creería!

Los nuevos marineros de guerra andaban a paso muy ligero por el muelle de pescadores.

—¿Vamos en tu barco? —preguntó el marinero.

El patrón paró de sopetón y le dijo:

—¡No! Zer esatek!<sup>11</sup> Una cosa es la guerra y otra las cosas que dan de comer —dejando claro lo importante de lo accesorio.

Un grupo de personas esperaban nerviosas dentro de la lonja de pescado. Una vez hecho el recuento de los voluntarios, el cabecilla, subido a una báscula, les explicó el plan:

—A ver, el torpedero ése de los cojones ha declarado por radio que está de parte de los sublevados. Cabrones. Son cuatro gatos pero, al fin y al cabo, es la marina de guerra. Vamos en mi barco, el Lalín, sin hacer ruido y disimulando. Nos abarloamos y los abordamos. Sin más. ¿Queda claro?

—¿Cómo es eso de disimulando? —dijo alguien del fondo.

—Pues, camuflados. Iremos muy despacio, como si fuéramos a hacer gasoil a Campsa, que está muy cerca de ellos. Como siempre. Y cuando estemos al lado me abarloo y saltáis. Eso sí, no quiero ver a nadie, todos tapados en cubierta con los toldos, entre las cajas. Que no se mosqueen.

—Pero tendrán armas... —sugirió otro con temor.

—Nos ha jodido. ¿Qué van a tener? ¿Huevos? Es un barco de guerra. Pues nosotros muchos más. —La gente rió la ocurrencia—. Además, yo tengo una pistola y por ahí tenemos un par de escopetas de caza. Por eso es fundamental el factor sorpresa. ¡Todos al barco, bien ocultos y en total silencio!

El patrón enfiló despacio hacia el surtidor de gasolina de Campsa. En proa iba un pescador con un

---

11 ¡Qué dices!

cabo en la mano para amarrar. Otro grupo de ocho pescadores fornidos, entre ellos Locuras y Krispín, aguardaban silenciosos, sudorosos, inquietos, temerosos y hasta divertidos la orden del pescador para saltar a bordo del torpedero. Estaban tapados por un toldo pesado y maloliente, hacía un calor insoportable y se escucharon risas nerviosas, casi infantiles cuando uno de ellos hizo una broma fácil.

—Silencio —ordenó una voz ronca.

La maniobra se realizó sin brusquedad, el babor del pesquero fue arañándose al deslizarse junto al torpedero, metió atrás y la embarcación quedó pegada al barco de guerra. Un par de marineros miraban inmóviles cómo saltaban los pescadores después de levantarse de debajo de la lona. Parecían ranas. Al instante, salieron cuatro marinos más y el comandante. No hubo amago de resistencia, y uno de ellos hizo el saludo reglamentario. Resultó demasiado fácil, como si les hubieran estado esperando para pasarse a su bando.

Los pescadores desconfiaban de la amabilidad del jefe del navío rendido; no era normal en alguien que unas horas antes se había declarado del lado rebelde. Krispín enseguida lo reconoció, hacía unos días le había comprado el hatillo completo de percebes, estaba con una mujer y dos niños. Disimuló.

—Como intentes algo te fusilamos aquí mismo —le advirtió el patrón del Lalín al comandante.

Uno de los asaltantes le dio un puñetazo en la boca del estómago y según se doblaba le cruzó la cara con la empuñadura de una pistola que hasta entonces no había mostrado. Ya en el suelo, y ensangrentado, el individuo le apuntó con el arma.



—¡Espera! ¡No! —gritó Krispín— Nos puede hacer falta para tripular el barco —aclaró justificando su atrevimiento. Se adelantó, lo levantó y lo llevó a empujones, ante el asombro de todos. Lo obligó a bajar a los viveros vacíos del Lalín y pidió un cabo para atarle las manos. Lo hizo sin demasiada convicción, él, que nunca tuvo rival con los nudos. Tampoco soportaba la violencia bruta e indiscriminada, como nunca entendió la quema de iglesias ni los apaleamientos. Otra cosa era defenderse, se justificaba, por encontrarse allí. El comandante del torpedero forzó una mueca dolorosa de agradecimiento cuando Krispín ya cerraba la tapa del vivero.

Por radio se comunicaron con la Junta de Defensa de San Sebastián y relataron su hazaña que, aunque exitosa, hubiera podido ser dramática. La marinería y los pescadores se conocían entre ellos y por sus expresiones no se distinguía a vencedores de vencidos, aunque ahora las pistolas y fusiles estaban en manos de los pescadores.

Hicieron una inspección a fondo del buque, estaba bien pertrechado, tenía munición suficiente aunque tan solo tres pequeños cañones de 47 mm., también era viejo y tenía tantas capas de pintura como para hundirse. Los marineros explicaban solícitos el funcionamiento de los cañones y de los equipos de navegación.

